El próximo día estarán ya los programas del curso, o están ya hoy, no sé, los programas no, me dijeron que era poco probable, pero el próximo día estarán los programas del segundo periodo del curso ya con los temas de las lecciones y las fechas. Esta lección de hoy, ustedes recuerdan, se titula la entrevisión de las cuestiones últimas. Voy a tratar de un aspecto del pensamiento de Ortega no muy familiar, del cual se habla muy poco y justificadamente. Las cuestiones últimas, lo que se ha llamado las ultimidades, las postrimerías,

los últimos problemas que afectan al trasfondo de la realidad han sido tratados relativamente poco en el pensamiento de Ortega. No tampoco, sin embargo. No tampoco, sin embargo.

es una obra fragmentaria. Ortega no escribió nunca los libros que quería haber escrito, en rigor Ortega no escribió ningún libro completo, Ortega no terminó nunca un libro, y los libros que pensaba escribir y que tal vez le importaban más, no llegó a escribirlos porque escribió otros, porque los azares de la vida se lo impidieron, porque se quedaron algunos en proyecto, otros se quedaron en muñones, otros fueron desarrollados pero no acabados, y en definitiva la obra escrita, especialmente la obra publicada de Ortega está llena de huecos que pedían completarse, que hubieran debido completarse para reflejar adecuadamente su pensamiento. Esto me parece capital. Por esto es un error el tomar la obra de Ortega como un todo concluso y suponer que lo que no está en los escritos de Ortega es que no está. En el pensamiento de Ortega.

Ortega. No está escrito, no está publicado. Hay cuestiones que trató en sus cursos, de otras cuestiones trató en conversaciones privadas sobre otros temas, pensó y no llegó a escribir sobre ellos. Por tanto, esto es un punto de vista que es absolutamente menester. Hace mucho tiempo dije que los escritos de Ortega son como icebergs, de los cuales emerge el 10% y hay un 90% sumergido y por tanto es menester bucear para poder entender adecuadamente el pensamiento de Ortega. Hay, por ejemplo, una cuestión que Ortega trató muy poco. Es el problema de Dios. El problema de Dios, el problema de la realidad fundamental, lo trató relativamente poco, aunque un poco más de lo que se piensa. En diferentes ocasiones, en general de una manera, se trató muy poco. Y, por tanto, en una manera provisional, anunciando desarrollos que...

llegaron unas veces y otras no llegaron, pero se pueden integrar diferentes visiones del problema en diferentes épocas, suscitadas por cuestiones bastante variadas y verán ustedes cómo hay precisiones considerables. Voy a examinar unos cuantos textos desde el año 1926 en adelante, en los cuales aparece este tema en diferentes formas. El más antiguo de ellos, el de 1926, es un breve ensayo publicado en El Espectador con el título Dios a la vista. Es un texto muy famoso, en gran parte por el afortunado atractivo del título y Ortega en este ensayo señala un hecho, un hecho sintomático de alegría. El texto de la época y es que está apareciendo de una manera muy diferente.

creciente el tema de dios en el pensamiento europeo de aquel momento ortega dice que dios es primariamente un tema religioso el encuentro con dios es un encuentro religioso y hay naturalmente una relación religiosa con dios la adoración el culto etcétera que tiene un carácter no estrictamente intelectual ahora bien dice ortega esto es perfectamente legítimo pero no es lo único dios es también un asunto profano es un asunto que interesa no

religiosamente es un asunto que interesa por ejemplo filosóficamente porque hay épocas en las cuales se habla de dios constantemente

y hay una enorme ocupación con el tema de Dios, y hay otras épocas en que esto decae, disminuye o incluso desaparece. Es un problema primario de atención. Ortega ha dado siempre gran importancia a la atención. El hombre atiende a ciertas realidades y desatiende a otras. Esto ocurre ya con la percepción. Ustedes piensen, por ejemplo, que la percepción visual, cuando yo miro algo, yo hago coincidir lo que a mí me interesa con la pequeña mancha amarilla de la retina, que es donde la visión es nítida. Lo cual quiere decir que lo demás que está en mi campo visual, lo veo, lo veo ciertamente, pero lo veo mal. Lo veo vagamente, lo veo borroso. Si yo, por ejemplo, miro en este momento a uno de ustedes, lo veo muy claramente y con detalle. ¿Qué es lo que yo veo?

Pero a los demás los veo muy mal. Y si yo quiero mirar bien, con detalle, a otro de ustedes, tengo que desplazar mi mirada y hacer que esa mancha amarilla coincida con su imagen. Y entonces lo veré con precisión. Es decir, que para ver bien algo tengo que desver otras cosas. Yo, por ejemplo, no ya desde el punto de vista estrictamente óptico, sino desde el punto de vista de la atención, por ejemplo, cuando yo veo a una persona, me fijo primariamente en su cara. Y más o menos desatiendo el resto. A lo mejor estoy hablando una hora con una persona y no sé cómo va vestida, porque no me he fijado para nada. Y no me he fijado en su traje, porque estaba mirando en su cara. Es decir, la atención es la que pone los acentos en la realidad, la que hace que yo perciba algo y no otras cosas.

Pues bien, cada época, aparte de cada individuo, cada época es, dice Ortega, un régimen atencional. Cada época consiste en un sistema de atención que atiende a ciertas cosas y desatiende a otras. Habito, por ejemplo, un punto de vista que aparece en los primeros siglos del cristianismo, que es lo que se llamó el gnosticismo. Los gnósticos tienen una actitud curiosa de una especie de asco a este mundo, un asco a todo lo sensible. Es muy curioso, es una actitud que a la humanidad le acomete de vez en cuando, cierto asco a lo sensible. En cambio, hay una actitud contraria. La actitud que se llama agnosticismo, que consiste precisamente en...

en concentrarse en lo sensible y no querer saber nada de lo que está más allá. En un caso, el caso del agnosticismo es un mundo de primeros planos. El caso del agnosticismo es un mundo de últimos planos. Si quieren ustedes dos conceptos capitales que explican esta situación, diríamos para una de estas actitudes lo capital es la experiencia. En el otro caso es la salvación. Imaginen ustedes qué diferencias humanas, qué diferencias de formas humanas consisten en atender a los primeros planos de lo real o a los últimos, en estar pendiente de la experiencia o pendiente de la salvación. Pues bien, Ortega encuentra que la época que acaba de quedar en la historia de la humanidad

atrás los últimos decenios del siglo XIX, especialmente los comienzos del siglo XX todavía, han sido una época agnóstica, una época que ha atendido primariamente a la experiencia, una época positivista. El positivismo ha sido la filosofía fundamental que ha dominado ese tiempo y ha tenido olvido de los últimos planos. Ahora bien, esta situación parece inadmisible. Queremos una perspectiva completa, con primeros y últimos planos, y planos intermedios. No podemos renunciar a esos últimos planos. El paisaje, que sin últimos

planos es un paisaje incompleto. Lo mismo que el paisaje compuesto de últimos planos nos parece un paisaje irreal.

y maniático. Hay primeros planos, hay planos medios, hay últimos planos, hay esjata, los extremos, de ahí viene la palabra escatología. Este es el fenómeno histórico que Ortega señala. Dios a la vista, es el grito que da el marinero en lo alto de la cofa. Tierra a la vista, ahí está, ahí aparece, dice, ese gran acantilado de la divinidad. Ahí empieza a buscar un lugar en nuestra perspectiva. Todas las ciencias particulares, escribe Ortega, por necesidad de su interna economía, se ven hoy apretadas contra esa línea de sus propios problemas últimos, que son administrativos. Al mismo tiempo, los primeros...

de la gran ciencia de Dios. Una línea de frontera es una frontera que tiene dos lados, toda frontera tiene dos lados. Los últimos problemas de la física, hacia adentro miran hacia la física, hacia afuera van más allá de ella. Todas las ciencias tienen un límite, tienen un horizonte, y detrás de ese horizonte positivo de cada una de las ciencias, justamente aparece la necesidad de ese último plano, aparece la necesidad de esa ciencia de Dios postulada. Este es el planteamiento que hace Ortega en 1926. Tres años después, en 1929, en la elección octava.

del curso ¿Qué es filosofía? Habla de diferentes concepciones de Dios. Habla de los dioses griegos, que son en definitiva parte de la naturaleza, que están ahí, en la naturaleza. Habla incluso del Dios de Israel, que ya es otro tipo de Dios, tiene otra realidad, pero en definitiva aparece con el rayo y el trueno y la zarza ardiendo, etc. Pero hay un paso más, que es el cristianismo como tal. Y Ortega describe, el Dios del cristianismo no tiene que ver con el rayo, ni el río, ni el trigo, ni el trueno. Es un Dios de verdad trascendente y extramundano. Cuyo modo de ser es incompatible con el de la naturaleza.

...comparable con el de ninguna realidad cósmica. Por esta razón, es para el cristiano misterio sumo la encarnación. Fíjense ustedes que Ortega subraya el carácter absolutamente transmundano, extramundano, trascendente... ...del dios del cristianismo. Sin embargo, el cristianismo está centrado en la encarnación. Supuestamente. Lo cual es enormemente paradójico. Que un dios rigorosamente inconmensurable con el mundo se inscriba en él un momento... ...y habite entre nosotros, es la máxima paradoja. En realidad la paradoja es mayor.

Ortega no era enteramente exacto al decir esto, porque dice que un Dios rigorosamente inconmensurable con el mundo se inscriba en él un momento, y habite entre nosotros. Para el cristianismo Dios no se inscribe un momento en el mundo, la encarnación es permanente. No olviden ustedes que Cristo resucita, y está sentado a la derecha del Padre. Es decir, está unido a la humanidad, ya para siempre. No es un momento. No son simplemente los treinta y tantos años de vida.

La unidad terrenal de Cristo, la pasajera unión de la divinidad con la humanidad y por tanto con la realidad mundana, es para siempre, es la eterna incorporación de la humanidad a la segunda persona de la eternidad. Es decir, tomándolos la creencia cristiana en un sentido estricto, la situación es todavía más paradoja, no es fugaz, no es pasajero. El cristianismo, dice Ortega después, es el descubridor de la soledad como sustancia del alma. Y lo aclara. Verán ustedes la importancia que tiene en Ortega el tema de la soledad.

El alma es lo que verdaderamente es cuando se ha quedado sin mundo, liberada de él, por tanto, cuando está sola. Y no hay otra forma de entrar en compañía con Dios que a través de la soledad, porque únicamente bajo la especie de soledad se encuentra el alma con su auténtico ser. El Dios cristiano, por lo visto, es trascendente al mundo, pero inmanente al fondo del alma. ¿Hay alguna realidad bajo esa polvorienta metáfora? No interroguemos ahora lo que ahora no podemos contestar. Esta frase que acabo de leerles, podría ser el lema del tratamiento de Ortega de los problemas. Es justamente la explicación. El tratamiento de Ortega de los problemas.

De lo que les decía, de la relativa ausencia de las cuestiones últimas en la obra de Ortega, no interroguemos ahora lo que ahora no podemos contestar. Ortega ha rehuido enormemente el planteamiento en hueco de los problemas, especialmente de estos problemas. Ha aplazado el interrogarse por ellos hasta poder contestarlo, adecuadamente, suficientemente, no con píos deseos. Y cuatro años más tarde, en 1933, en el curso en torno a Galileo, en la lección décima, encontramos otro paso. Otro paso capital. Dice Ortega, el ser del Dios cristiano es de tal modo trascendente que no hay camino,

Desde el hombre a él, para conocerlo, se hace pues menester que Dios, además de ser lo que es, se ocupe en descubrirse al hombre, en suma, que se revele. El atributo más característico del Dios cristiano es este, Deus ut revelans. La idea de la revelación, como la idea de creación, es la absoluta novedad frente a todo el ideario griego. Esto es lo que no entiende un griego. La idea de revelación, la idea de un Dios, y un Dios trascendente, que se revela, y un Dios que crea el mundo, que es eso de crear la vida, está ahí.

Esto para un griego es prácticamente inconcebible. Es muy interesante los esfuerzos que hace el pensamiento griego, por ejemplo Plotino, para tratar de pensar, Plotino naturalmente estimulado por los cristianos, concretamente por su maestro Amonio Sacas, que era cristiano, para pensar la realidad del mundo creado sin creación. Y por eso llegará a ese concepto de emanación. Pero es interesante el ver que incluso un pensador griego, pero judío, de religión y de raza, como es Filón, interesante figura, que recibe la idea de creación del Antiguo Testamento, naturalmente, de la Biblia. Sin embargo, no acaba de explicarlo, no acaba de pensar la creación como tal. Sobre esto, si a alguno de ustedes le interesa... Hay algunas precisiones bastante precisas en un ensayo mío recién publicado en la revista...

cuenta y razón en el número 4 con el título filosofía y cristianismo según ustedes interesa este problema lo remito a ese trabajo donde me he metido bastante en serio con ese problema y con otros conexos no es solamente la idea de revelación y la idea de creación las que son incomprensibles para el griego y le producen escándalos son otras también pero si no quiero entrar en ello ahora finalmente hay unos textos capitales sobre este problema del año 1950 en su última formulación de aquel curso del instituto de humanidades el hombre y la gente que se publicó después de muerte el capítulo segundo ortega dice lo siguiente la vida humana se es sustricto por

Ser intransferible resulta que es esencialmente soledad, radical soledad. ¿Ven ustedes cómo reaparece el tema, ya antiguo en su pensamiento? La soledad radical de la vida humana, el ser del hombre, no consiste pues en que no haya realmente más que él. Todo lo contrario. Hay nada menos que el universo, con todo su contenido. Hay pues infinitas cosas,

pero ahí está. En medio de ellas, el hombre, en su realidad radical, está solo. Solo con ellas. Y como entre esas cosas están los otros,

seres humanos está solo con ellos. Ustedes, cuando habla Ortega de soledad, no hay asomo de solipsismo, ni de idealismo. No es que el hombre esté solo porque no haya más que el hombre, o que el hombre esté solo con sus pensamientos. No hay nada de eso. La vida humana es un dentro que se hace un fuera. Es estar fuera de mí con las cosas, con los hombres, porque vivir es convivir. Sí, pero todo eso me pasa a mí solo. Estoy solo con las cosas, estoy solo con los hombres, y por tanto tengo que hacer mi vida yo solo con todas esas cosas, con todo el universo. Ahora bien, el estar solo es fundamental.

Fundamentalmente quedarse sin, quedarse sin los otros, sea porque se han ido, sea porque se han muerto, en todo caso porque nos han dejado, nos han dejado solos. Ortega decía, comentando aquella rima de Becker, Dios mío que solos se quedan los muertos, que esto es una transposición poética pero que es al revés, los que se quedan solos son los vivos, se queda uno solo del muerto, solo del que nos ha dejado solos, del que se ha ido. Solo se está solo de alguien o solo de todos. Nuestra señora de la soledad, continúa Ortega, es la virgen que se queda sola de Jesús.

Jesús, que lo han matado. Y el sermón de la semana de la pasión que se llama el sermón de la soledad, medita sobre la más dolorida palabra de Cristo, Eli, Eli, la masa bactaní, Deus meus, Deus meus, ut cui derricuistime, Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado, por qué me has dejado solo de ti. Es la expresión que más profundamente declara la voluntad de Dios de hacerse hombre, de aceptar lo más radicalmente humano que es su radical soledad. Como ven ustedes para Ortega, la culminación de eso que se llama la encarnación, la encarnación, el hacerse Dios, hombre, no es ya el tener un ser humano,

Tener un cuerpo, tener una vida corporal, mundana, no es ni siquiera la pasión en el sentido de los padecimientos o la muerte, los clavos o la lanzada del centurión. No. Lo decisivo es la soledad, el quedarse solo. No. Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Ese sentirse radicalmente solo, solo de Dios, justamente eso es la experiencia última, la experiencia radicalmente humana. Es la que Dios ha hecho suya en Cristo. Ahí está justamente la radical humanización de Dios en la encarnación. Pero más allá, en otro lugar de este libro, en el capítulo quinto del Hombre y la Gente,

Vuelve desde otra perspectiva sobre el tema de la soledad. En la soledad el hombre es su verdad. En la sociedad tiende a ser su mera convencionalidad o falsificación. En la realidad auténtica del humano vivir va incluido el deber de la frecuente retirada al fondo solitario de sí mismo. Ustedes recuerdan que para Ortega la autenticidad es el modo de ser de la realidad humana. Decir de alguien que no es verdadero quiere decir no, que no existe, por supuesto. Quiere decir que no es auténtico. El hombre tiene un coeficiente mayor o menor de autenticidad o inautenticidad. En la vida social hay un coeficiente más alto, siempre de convencionalidad, de falsificación, de inautenticidad. Solamente cuando el hombre entra en...

sí mismo cuando queda en su fondo solitario lo que ortega llama desde muy pronto en escritos muy antiguos el fondo insobornable es cuando el hombre es plenamente auténtico

es cuando es quien real verdadera efectivamente es por eso la autenticidad del hombre y esto quiere decir la verdad del hombre la realidad del hombre está hecha primariamente de soledad esa retirada en que a las meras verosimilitudes cuando no simples embelecos e ilusiones en que vivimos les exigimos que nos presenten sus credenciales de autoridad la auténtica realidad es lo que se llama con un nombre amanerado ridículo

y confusión ario filosofía porque existe largamente en que el nombre de filosofía es un hombre defensivo es un hombre de amor a la sabiduría afición a la sabiduría es un hombre defensivo el filósofo ha sido mal visto casi siempre ha sido perseguido lo fue en axagoras fue sócrates sócrates hasta la muerte lo ha sido tantos más y en definitiva el nombre filosofía es un hombre más o menos diversivo disimulado etcétera el verdadero nombre de la filosofía era al ese ya al ese ya verdad ya veremos quiere decir esto te he hablado largamente en otro lugar ahora bien esa esa filosofía es justamente repito esa retirada en que a las meras verosimilitudes cuando no simples en belecos e ilusiones en que vivimos les exigimos que nos presenten

en sus credenciales de auténtica realidad. Ortega dice, en otro lugar, no creo más que en los pensamientos de los náufragos. Y es menester hacer pasar todos los pensamientos ante un tribunal de náufragos. Es decir, del hombre que se ve abocado a la extremidad de la realidad, que necesita, justamente, saber a qué tenerse. La filosofía es retirada, anábasis, arreglo de cuentas de uno consigo mismo en la pavorosa desnudez de uno mismo ante sí mismo. La filosofía no es, pues, una ciencia, sino una indecencia.

y a sí mismo desnudos, en las puras carnes, en lo que puramente son y soy, nada más. La filosofía, continúa Ortega, es la verdad, la terrible y desolada, solitaria verdad de las cosas. Verdad significa las cosas puestas al descubierto. Y esto significa literalmente el vocablo griego para designar la verdad, aleceia, aleceuein, es decir, desnudar. En cuanto a la voz, latina y nuestra, veritas, verum, verdad, debió provenir de una raíz indoeuropea, ver, que significó, de ahí verbum.

Pero no un decir cualquiera, sino el más solemne y grave decir, un decir religioso en que ponemos a Dios por testigo de nuestro decir, en suma, el juramento. Mas lo peculiar de Dios es que al citarlo como testigo, en esa nuestra relación con la realidad que consiste en decirla, esto es, en decir lo que es realmente, Dios no representa un tercero entre la realidad y yo. Dios no es nunca un tercero, porque su presencia está en la realidad. Dios no está hecha de esencial ausencia. Dios es el que es presente precisamente como ausente. Es el inmenso ausente.

que en todo presente brilla, brilla por su ausencia. Y su papel en ese citarlo como testigo que es el juramento, consiste en dejarnos solos con la realidad de las cosas, de modo que entre éstas y nosotros no hay nada ni nadie que las vele, finja ni oculte. Y el no haber nada entre ellas y nosotros, eso es la verdad. ¿Qué es la verdad? Ahí tienen ustedes ese texto, tan poco conocido, tan poco citado, tan coherente con todos los demás de diferentes libros, de diferentes épocas, que he leído leerles a ustedes, que le he querido leerles a ustedes.

de Ortega, la necesidad de lo último, de las ultimidades, de los últimos planos. La soledad, la soledad con las cosas y con los hombres, que me pasan a mí, que me pasan a mí solo. La autenticidad, que tiene precisamente la forma de la desnudez, del desvelamiento. La

conexión de esto, que es la última verdad de la vida, es su autenticidad, precisamente con esa forma radical de decir, en que se pone Dios como testigo. Y que es el juramento. Esa forma que consiste precisamente en que ese Dios testigo no se interpone, no es un testigo.

un tercero, al revés, es el que nos deja solos. Cuando invocamos a Dios como testigo, cuando juramos algo, precisamente Dios nos deja solos con las cosas. Y ese quedarnos solos con las cosas, en total desnudez, las cosas y yo, eso es la verdad. Y eso es justamente la filosofía. Eso es justamente la actitud filosófica. Es la actitud de radicalidad en que la filosofía consiste. Recuerdan ustedes lo que llamaba Ortega el nivel de nuestro radicalismo. ¿Ven ustedes hasta qué punto estos textos, que van desde 1926 hasta 1950, durante un cuarto de siglo? Estos textos que están tomados de libros diferentes, de libros diferentes, escritos en ocasiones distintas.

Se pueden leer seguidos, como he hecho yo esta noche ante ustedes, y parecen una doctrina enteramente coherente. Y tan coherente. Es justamente la serie de islas, el archipiélago en su mayor parte sumergido, que constituye el pensamiento de Ortega no formulado acerca de las cuestiones últimas. Por eso he hablado de la entrevisión de las cuestiones últimas. Ortega ha meditado sobre ellas toda su vida. No ha encontrado su hora, no ha encontrado la hora de tratarlas. No las ha tratado a fondo y adecuadamente. Han ido emergiendo en ciertos momentos a lo largo de su obra.

Pero responden, como ustedes ven, a una absoluta coherencia, a un carácter sistemático. Porque la realidad es sistemática y por eso lo es la filosofía. Ustedes imaginen qué interesante experimento, qué forma de pensamiento significa esta, en que se pueden unir unas cuantas citas escritas a lo largo de 25 años y pueden parecer un par de páginas escritas en continuidad. Hubiera podido Ortega escribir un breve ensayo que contuviera los párrafos que he leído esta noche. Parecería un ensayo enteramente coherente. Y sin embargo, faltaría qué. Faltarían las ocasiones. Las ocasiones con las cuales Ortega lo ha escrito.

visto apretado en cada momento frente a ciertas cuestiones últimas y ha echado mano de ese fondo de su sistema inexpreso, de su sistema no formulado y desarrollado para aportar en cada instante lo que era Menester para dar su radicalidad a la cuestión particular que estaba tratando. Me ha interesado enormemente el mostrarles a ustedes esto porque es un ejemplo ejecutivo de aquello en que consiste el método de Ortega, en lo que consiste precisamente el carácter capital del pensamiento de Ortega. Ven ustedes cómo Ortega ha entrevisto cosas que no ha formulado, que no ha desarrollado. Alguna vez me decía, tienen ustedes demasiada prisa por plantear el problema de Dios, me dijo una vez, ¿qué más quisiera yo? ¿Qué más quiero? Que poder plantearlo. Para Ortega plantearlo...

quería decir plantearlo adecuadamente, plantearlo con todos los recursos filosóficos, de manera inexorable y suficiente. La vida no le dejó tiempo, holgura, ocasión para hacerlo, pero podemos ver, podemos rastrear por dónde iba, hacia dónde iba. Estoy seguro de que estas citas expuestas así, unidas, representan para la mayor parte de ustedes una sorpresa, incluso para los que sean buenos conocedores de Ortega. Probablemente la mayor parte de ustedes no esperaban encontrar de la pluma de Ortega los fragmentos que acabo de recordar. ¿Ven ustedes? Por tanto, ¿cómo en Ortega se plantean las cuestiones últimas?

en el sentido concreto de que tienen su lugar. Pero la obra de Ortega, como toda obra humana, es ocasional, es circunstancial. Hay que entender la totalidad de la obra de Ortega como las huellas de una vida. Por eso, los escritos de Ortega han sido aquello que hizo en vista de las circunstancias. Ortega se fue ocupando de ciertos temas cuando le parecía necesario, cuando era posible, cuando él había llegado a evidencia suficiente, cuando se encontraba en un estado de ánimo, incluso de euforia, adecuado para escribir, para escribir con plenitud, cuando creía en la vida.

Creía que podía ser bien comprendido. Ortega tuvo toda su vida la gran preocupación de ser bien entendido. Ortega creía que de muchas cosas no había llegado el momento de hablar. O tal vez en algún caso se había pasado y circunstancias apremiantes lo habían estorbado. Pero, piensen ustedes, concretamente, en lo que ocurre con Ortega cuando sobreviene a la guerra civil. No olviden ustedes que Ortega, que se sentía, como dice, parturiento de criaturas graves, que se sentía necesitado de publicar sus grandes libros, que había anunciado en 1932, que había pasado la época en que eran suficientes los artículos y hacía falta una artillería de mayor alcance, que serían libros, pero no el libro preperiodístico.

sino el libro que lleva dentro el artículo de periódico en el cual había creado su filosofía cuando Ortega está en esta situación, cuando empieza esta segunda navegación que estamos tratando de recorrer y explorar en este curso entonces sobreviene el gran desastre esto significa para Ortega la inmigración significa nueve años de exilio sin libros, sin casa, sin dinero la mayor parte del tiempo peregrinando por diferentes lugares sin editoriales sin público adviertan ustedes lo que significa todo esto sin cátedra por supuesto sin edificio sin edificio sin así currency

Esto afecta radicalmente al desarrollo de su obra. Pero incluso cuando vuelve, cuando necesita volver a España, cuando necesita verse las caras con los españoles, y especialmente con los jóvenes, cuando quiere vivir en su país, rodeado de su lengua, cuando vuelve a España a fines del año 45, cuando acaba de terminar la guerra mundial, entonces encuentra que el mundo ha cambiado profundamente. ¿A quién le escribe? ¿Para quién habla? Los españoles han cambiado enormemente. Han pasado nueve años sin que Ortega sea testigo directo

y presencial de la transformación de la sociedad española. Pero además el mundo ha cambiado enormemente. ¿Quién es el público? ¿Quién es su lector? Recuerden ustedes que Ortega había dicho yo no he escrito nunca ni para Mesopotamia ni para la humanidad, recordando aquella historia de Víctor Hugo, del homenaje a Víctor Hugo. Ahora bien, ¿dónde está el lector occidental para el cual había escrito? ¿Quién es? ¿Cómo es? Bueno, ustedes dénse cuenta de la desorientación que a un hombre todo responsabilidad como Ortega le supone el encontrarse con que su interlocutor es una incógnita. ¿Quién es el que me escucha? ¿Quién es el que me lee? Esto condiciona la fase final de la obra de Ortega.

enormemente ortega no sabe ya bien a quién escribe para quién escribe la generación joven entiende es que sabe lo que no se dice sino que se subdice ha pasado demasiado tiempo ha habido una ruptura demasiado profunda se han olvidado demasiadas cosas no se está en claro no olviden ustedes que se ha producido un cambio profundo que ha sido la volatilización de la historia porque había creído que había dicho que la historia es la ciencia

fundamental de la realidad y no la física porque justamente en la historia encontramos lo que ha sido la realidad humana lo que ha sido la vida humana

el repertorio de formas por las cuales ha pasado. Y esto se ha perdido en gran proporción. Se ha perdido mucho más después de muerto Ortega. Mucho más todavía. Pero ya había los primeros síntomas. Ya Ortega se quejaba en el año 33 de que cuatro generaciones habían perdido el conocimiento de la historia. Me produce a veces terror pensar cómo se sentiría Ortega en un mundo en el cual se ha volatilizado la historia en el grado aterrador que ha ocurrido después de su muerte. En estos últimos, sobre todo en los últimos 20 años. Pero en todo caso ya hay un elemento de perplajidad en Ortega. Y entonces Ortega hace en grado mayor lo que había hecho siempre. Que era no decir lo que le parecía que no se podía entender plena y adecuadamente. Ortega vivió.

Y yo siempre preocupado con lo que llamaba la altura del tiempo. Ortega vivió preocupado por la idea de la oportunidad. Quizá demasiado. Quizá demasiado. Pienso, y cada vez más, que hay que decir las cosas. Tal vez, tal vez, en un momento no enteramente oportuno. Porque es posible que no lo haya luego más oportuno. Y es importante que las cosas sean dichas. A veces, contrapuesto, sin contraponer, esa idea de Ortega de la altura del tiempo a otra que sería la hondura del tiempo. Es posible que haya que ser inocente.

O quizá, o quizá, esta actitud que estoy esbozando ante ustedes nace de cierto pesimismo. Tal vez Ortega creía que en circunstancias adecuadas el pensamiento es comprendido adecuadamente. Tal vez tengo yo menos confianza. Tal vez tengo el temor de que el pensamiento suele ser mal comprendido, aun en las circunstancias más favorables y oportunas. Tal vez hasta con la altura del tiempo. Y entonces quizá vale la pena que quede dicho, vale la pena que quede formulado. Es posible que si Ortega hubiera hecho el esfuerzo, de desarrollar, de ampliar,

Esas entrevisiones que no llegaron a madurar, que no llegaron a formularse, que no llegaron a articularse, tal vez hubieran quedado dichas, hubieran quedado formuladas, estuvieran disponibles para los lectores, tal vez no para los inmediatos, pero quizá para después. Pues, porque naturalmente si se escribe, se escribe, claro está, para los que nos leen. Sí, pero también cabe escribir para los que nos leerán. Es posible que haya a veces que remitirse al futuro, que haya que remitirse a los lectores, no de hoy, pero de mañana. Claro está. Claro está. Si no se escribe, no habrá mañana.

No habrá mañana lectores de lo que no se ha escrito hoy. Por esto quizá a última hora vale la pena, si se escribe, vale la pena de escribir, aunque hoy no se vaya a leer, aunque hoy no se vaya a entender. En el próximo 15 daremos la última lección de esta parte del curso y hablaré de Ortega como sistema abierto. Gracias.